

SESIÓN PLENARIA DE MISIÓN DE LA CMIR

Allan Boesak

Consideramos muy valioso hacer hincapié en la continuidad con declaraciones y documentos fundamentales anteriores (la Declaración de Barmen, la Confesión de Belhar y la Confesión de Accra) al reflexionar sobre la misión de la iglesia en un mundo en constante cambio, pero inquebrantablemente hostil para los vulnerables, los pobres y los hijos de Dios excluidos. El «mundo escandaloso» de la Confesión de Accra es ahora más escandaloso que nunca, y el llamamiento *de Belhar* a «estar donde está Dios», es decir, con los pobres, los oprimidos, los agraviados y los indigentes, es ahora más urgente que nunca.

La pregunta es: ¿podemos, por la gracia de Dios, ser tan sinceros, tan proféticos y tan fieles en estos tiempos? Tras la Segunda Guerra Mundial, un teólogo alemán, amigo de Dietrich Bonhoeffer y pastor de la Iglesia Confesante, se refirió a aquellos tiempos como tiempos de «convulsiones mortales». Tenía razón entonces, y sus palabras son hoy más ciertas que nunca.

Nunca, en nuestra vida, decimos en la Declaración de Misión, el poder imperialista se ha expresado de manera tan implacable, abrumadora y devastadoramente violenta como ahora. La iglesia, «como posesión de Dios» (*Belhar*), ve, siempre, y ahora más que nunca, los acontecimientos de nuestro mundo «a través de los ojos de quienes sufren». (*Accra*) Con una convicción más profunda y una urgencia mayor que nunca, recordamos la verdad de Calvino, no solo de que el anhelo de justicia en nuestros corazones está «implantado en nosotros por el Señor», sino que los gritos de las víctimas de la injusticia, la exclusión y la violencia son gritos que provienen del corazón mismo de Dios. Por lo tanto, el llamado a la misión es el llamado a la justicia. Si eso es cierto, entonces tenemos razón al afirmar que Dios mismo está herido por cada injusticia infligida a sus hijos vulnerables, y que es la herida de Dios la que constituye el latido del corazón de la misión cristiana.

Nicholas Wolsterstorff, teólogo y filósofo reformado, concluye lo siguiente: «Perpetuar la injusticia hacia un ser humano es herir a Dios; los gritos de las víctimas son la expresión del sufrimiento divino. Por lo tanto, el llamado a la justicia tiene su origen último en el pathos de Dios, en el amor vulnerable de Dios. El llamado a la justicia es el llamado a dejar de herir a Dios; el llamado a eliminar la injusticia es el llamado a aliviar el sufrimiento divino». Es nuestro arraigo en esta verdad lo que nos ayuda a discernir la diferencia entre las víctimas del sufrimiento y aquellos que se proclaman víctimas perpetuas, incluso mientras siguen infligiendo dolor y sufrimiento a sus víctimas.

Estas son las verdades fundamentales que enmarcan la misión de la iglesia en el mundo actual. ¿Qué es la «misión» en presencia del imperio, un poder económico, cultural, político y militar en nuestro mundo actual, constituido por una realidad y un espíritu de dominación sin señor, creado no por sanción divina sino por la humanidad, para, como dice la Confesión de Belhar, «dañar y controlar a los demás»? Afirma tener poder absoluto sobre el resto del mundo, como si fuera de su propiedad. No tolera ningún desafío. Promete paz y seguridad manteniendo al mundo en un estado permanente de guerra, librada para reconfigurar las tierras y los pueblos a su imagen y semejanza, en consonancia con sus estrategias geopolíticas y geoeconómicas. Hemos calificado esto de sacrílego, idólatra y blasfemo. ¿Qué es la «misión» ante una realidad innegable, cuando el robo de tierras, el genocidio y los actos deliberados de exterminio en Gaza, ante nuestros propios ojos, a diario, se convierten en nuestra lente hermenéutica, la lente a través de la cual vemos el mundo y leemos las Escrituras?

Por consiguiente, seguiremos haciendo hincapié en la creciente presencia militarizada del imperio, los renovados proyectos imperiales de neocolonialismo y colonialismo de asentamiento, y las consecuencias que estos tienen para las personas y los pueblos oprimidos, vulnerables y desposeídos de todo el mundo, desde Palestina hasta Sudán y el Congo. Por eso hablamos de la misión como la interrupción de las obras del mal en el mundo, de la misión como la labor de aquellos que, como seguidores de Jesús, están poniendo el mundo patas arriba.

Pero la pregunta va más allá: ¿cómo es la «misión» cuando tantos parecen haber perdido la confianza en la capacidad de la Iglesia para ser esa presencia veraz, fiel, creíble, compasiva y profética en el mundo? ¿Qué es la misión como «verdad dicha al poder y a los desempoderados», y verdad dicha *sobre* el poder y la impotencia? Y si se pone en duda la fidelidad profética de la Iglesia, ¿qué significa hablar de esperanza a los desesperados?

Cuando hablamos de poder, no nos referimos al poder de dominar, mandar y someter a otros, que caracterizó a la misión como sierva del imperialismo y el colonialismo. Ese es un ejercicio del poder siempre implícito en la violencia en todas sus manifestaciones, siempre un instrumento para seguir despojando de poder a los que carecen de él. Hablamos del poder tal y como nos enseñó M. M. Thomas, de la India, es decir, el poder como «portador de la dignidad» del pueblo y canal de su «participación significativa y responsable en la sociedad y la historia social».

En esencia, nuestra misión está impulsada por nuestra fe en el Señor resucitado, Aquel, como nos recordó Jürgen Moltmann hace mucho tiempo, cuya resurrección es *la apantasia* de Dios, la rebelión de Dios contra el pecado y la duda, contra todo lo que es malo, contra el sufrimiento de los hijos de Dios y la creación de Dios; contra el mito de que la muerte tiene la última palabra. En este sentido, la misión significa unirse a la rebelión de Dios en resistencia a todo lo que es perjudicial para la vida abundante que Jesús ha prometido.

Por lo tanto, la misión es el llamado persistente de Dios a perseverar en nuestro testimonio, en nuestra *marturia*, por el bien de los hijos y la creación que sufren de Dios, y por el bien de Jesús, «el pionero y perfeccionador de nuestra fe». Y lo hacemos con lo que nosotros, en el resto del mundo, hemos aprendido del pueblo palestino durante las ocho décadas transcurridas desde el inicio de la Nakba: su *sumud*, su firmeza, su resistencia y su esperanza indestructible. *El sumud* se basa en el compromiso inquebrantable del pueblo palestino, incluidos los cristianos, con una causa de justicia y de arraigo histórico en esta tierra que ha sido testigo de años de sufrimiento y persecución, pero que sigue impulsando el sentido de la firmeza y la perseverancia para lograr la esperanza del pueblo en la tierra. Desde hace mucho tiempo, mi convicción personal es que la cuestión de Palestina y el genocidio son hoy en día la medida fundamental de la integridad de nuestra política, la autenticidad de nuestra fe y la autoridad de nuestro testimonio cristiano en el mundo.

Por lo tanto, ¿cómo escuchan y entienden las iglesias la «misión» en el contexto del triple nexo entre el racismo, la militarización y el capitalismo? Martin Luther King, Jr. los denominó los tres pecados (materialismo, militarismo y racismo) en referencia a los Estados Unidos. ¿Cómo se comprometen las iglesias en una costosa solidaridad con los movimientos de defensa que buscan justicia para las vidas negras (específicamente contra el racismo anti-negro) y para las diversas comunidades racializadas (asiáticas, latinas, de Oriente Medio)? ¿Y con los musulmanes en un mundo islamóforo? ¿Cuál es la naturaleza de la misión cristiana con los movimientos racializados por la vida en el siglo^{XXI}, cuyos líderes pueden sospechar o haber sido previamente quemados por sus experiencias con la iglesia y la misión? ¿Cómo es la «misión» en el contexto de la deshumanización y la «otredad» específicas y generalizadas de los cuerpos negros y morenos?

La teología cristiana ha desempeñado un papel en casi todos los proyectos coloniales de colonos, desde América del Norte hasta Sudáfrica, Irlanda y Australia. Lo que es cierto para América lo es también para Palestina; Palestina no es una excepción. Y, sin embargo, Palestina sigue siendo la excepción. Aunque hoy en día nadie se atrevería a citar la Biblia para justificar el colonialismo de los colonos

En Australia o Norteamérica, muchos cristianos y judíos han estado haciendo exactamente esto en Palestina durante casi los últimos doscientos años y continúan haciéndolo hasta el día de hoy utilizando el sionismo cristiano. Al igual que la teología del apartheid en Sudáfrica, que la CMIR declaró pecado y herejía, el sionismo cristiano —desde el tropo amalecita hasta el exterminio de los palestinos como condición previa para la venida de Jesús— es una perniciosa perversión del Evangelio utilizada para justificar la opresión racista, el despojo, la limpieza étnica y ahora el genocidio abierto. La Comunión Mundial, recordando fielmente nuestra postura profética en 1982 con respecto a la teología del apartheid en Sudáfrica, no puede permitir que esto continúe. No solo está en juego la integridad de la continuidad de nuestro testimonio. Ahora, como entonces, está en juego el corazón mismo del Evangelio de Jesucristo. Al igual que en 1982 abrimos nuestros oídos y corazones a los gritos de los hijos oprimidos de Dios en Sudáfrica, ahora estamos llamados a escuchar los gritos de los hijos oprimidos de Dios en Palestina, sabiendo que Juan Calvino tenía razón: los gritos de los oprimidos son gritos del corazón mismo de Dios.

Una verdadera colaboración en la misión exige responsabilidad desde una amistad auténtica, que desplaza y desafía el poder en «el otro» y en nosotros mismos. Hacemos un llamamiento a mantener conversaciones honestas, valientes, pero por ello vulnerables, sobre cómo se ve la misión de Dios en el mundo, y a cuestionarnos seriamente por qué nuestras visiones del sueño de Dios a menudo no coinciden. La búsqueda de la misión no puede ser una distracción de estas conversaciones, sino que debe actuar como un impulso adicional e importante hacia ellas. La misión de Dios, como a través del Cristo encarnado, altera el statu quo de la sociedad y la historia. Los misioneros están llamados a seguir el ejemplo de Cristo de poner el mundo patas arriba. No en el caos de convulsiones mortales, sino en la presencia transformadora, vivificante y disruptiva de Jesucristo, la vida del mundo.

Es en este marco y con estos antecedentes que hemos presentado las siguientes propuestas al Consejo General para su consideración y acción.

Propuestas:

1. Proclamamos que la misión es disrupción. Así como la resurrección inspiró de nuevo a los discípulos en el aposento alto a unirse a las mujeres que esperaban al pie del

cruz y tumba, los misioneros están llamados a unirse al sueño de Dios de cambiar radicalmente este mundo. La CMIR trabajará por la realización del poder transformador de Dios que conduce a la justicia y la paz, y seguirá privilegiando las voces de los marginados y excluidos de la sociedad, y proclamará con valentía la obra y el amor de Dios a todos, en todos los ámbitos de la vida. La misión es discipulado.

2. Seguir siendo solidarios y apoyando al pueblo palestino y a otros pueblos que sufren en diferentes contextos, así como su labor de decir la verdad al poder a través de su teología, su defensa y la amplificación de sus voces.

3. La CMIR considera, reconoce y declara que el fenómeno del sionismo cristiano es fundamentalmente maligno, racista, una parodia del evangelio y una herejía.

4. La CMIR se compromete a definir formas de solidaridad costosa que transformen la manera en que hacemos misión hoy en día. El arrepentimiento debe basarse en la acción, no solo en la retórica. **Reafirmar públicamente** el compromiso con el llamado de la Confesión de Belhar a «estar donde Dios está» (con los pobres, los oprimidos y los agraviados) y el desafío de la Confesión de Accra a resistir «el mundo escandaloso» de la dominación económica y militar.

5. La CMIR se compromete a continuar la labor de defensa y a ampliar las plataformas de defensa para el compromiso que se construyen desde los contextos locales de la realidad de lucha de las iglesias miembros.

En las últimas semanas, yo, junto con muchos otros, espero, he recibido la carta absolutamente conmovedora y convincente del clero palestino a su pueblo y a sus pastores. Es una carta que al mismo tiempo me rompió el corazón y me levantó el ánimo. Una parte de la carta habla de la dolorosa elección que los palestinos se ven ahora obligados a hacer en medio de un sufrimiento, una desesperanza y una desesperación indescriptibles; en medio del ataque más severo e implacable contra la vida que ha visto mi generación: la elección entre marcharse o quedarse. Mientras las bombas siguen cayendo y los lugares de culto son destruidos; mientras la gente muere de las formas más horribles que la mente humana depravada puede imaginar, en medio de la muerte sin sentido de cientos de miles de personas, en su mayoría mujeres y niños, mientras el mundo que puede detenerlo ahora mismo se limita a mirar; por eso ellos, estos sacerdotes y pastores, eligen no marcharse, no huir a lugares más seguros, no buscar y reconstruir lo que queda de vida en otro lugar, sino quedarse:

«*Quedarse es dar testimonio*», dicen.

Permanecer en esta tierra no es solo una decisión política, social o práctica. Es un acto espiritual. No nos quedamos porque sea fácil ni porque sea una fatalidad. Nos quedamos porque hemos sido llamados. Nuestro Señor Jesús nació en Belén, caminó por las colinas de Galilea, lloró por Jerusalén y sufrió una muerte injusta porque fue fiel a su misión hasta el final. No huyó del sufrimiento. Se adentró en él, sacando vida de la muerte. Así también nosotros permanecemos, no para idealizar el sufrimiento, sino para dar testimonio de la presencia y el poder del Señor en nuestra herida Tierra Santa.

«*Quedarse es decir con nuestras vidas: esta tierra, magullada y sangrante, sigue siendo sagrada. Quedarse es proclamar que la vida palestina —musulmana, cristiana, drusa, samaritana, bahá'í— y la vida judío-israelí son sagradas y deben ser protegidas. Es recordar que la resurrección comienza en la tumba y que, incluso ahora, en nuestro sufrimiento colectivo, Dios está con nosotros. Dios ve y comparte nuestros sufrimientos y nuestra lucha, como lo hizo en Jesús, y Dios nos ama, a cada uno de nosotros, como a un hijo. Somos los hijos de la resurrección. Nuestra presencia es en sí misma un testimonio de nuestro Señor resucitado, Jesucristo.*

«*Quedarse es amar*», dicen.

«Nuestra presencia es una forma de resistencia, no de odio, sino de amor profundo y duradero. Amamos esta tierra no como una propiedad, sino como un regalo. Amamos a nuestros vecinos musulmanes y judíos no de forma abstracta, sino con solidaridad y acciones. Quedarnos significa seguir plantando árboles, criando a nuestros hijos, curando heridas y acogiendo al extranjero. Significa insistir en que el Reino de Dios, donde los humildes son exaltados y los orgullosos son humillados, no puede ser oscurecido por bombas, hambre o muros.

«*Quedarse es seguir a Cristo, quien dijo: “Bienaventurados los pacificadores”.* Pero la paz, como sabemos, no es pasividad. Es el arduo trabajo de la liberación, la igualdad, la justicia, la verdad y la misericordia. Nuestra misión, entonces, no es retirarnos, sino construir: hogares, iglesias, escuelas, hospitales y jardines. Estamos llamados a ser comunidades de fe que modelen otro camino, el camino de Dios, en una tierra sedienta de vida. Sabemos que en esta vida la paz perfecta es utópica, sin embargo, es a través de nuestro testimonio aquí que la disfrutaremos aún más plenamente en el Reino de Dios.

«*Quedarse es ser Iglesia*», dicen.

«Juntos constituimos una Iglesia viva y encarnada en la tierra de la Encarnación. Desde el tiempo de Pentecostés, nuestras liturgias se han cantado en momentos de alegría y de sufrimiento, expresándose en muchos idiomas y culturas: arameo, griego, armenio, árabe,

latín y muchos más. Nuestros sacramentos fluyen con una esperanza antigua e invicta. Hoy rezamos, arraigados en nuestras ricas y antiguas tradiciones, pero plenamente presentes y fieles al mundo que nos rodea.

«Nuestra misión», dicen, «es ser sal y luz en el mismo lugar donde Cristo pronunció por primera vez estas palabras. Sal que cura las heridas de la discriminación, la ocupación, el genocidio y el trauma continuo. Luz que se niega a apagarse, incluso cuando la oscuridad es cada vez más profunda. E incluso si nos quedamos reducidos a un puñado de personas, intensificaremos y reforzaremos nuestro papel de ser sal y luz.

«Estamos llamados a atender a los que sufren, defender a los oprimidos, decir la verdad al poder y vivir una vida profundamente arraigada en el Evangelio. Debemos preparar a nuestros jóvenes, fortalecer nuestras comunidades y profundizar nuestra fe, no solo para sobrevivir, sino para vivir plenamente, incluso ahora, en medio de la muerte y la destrucción. No estamos solos». Estas son sus palabras.

Así que ahora lo sabemos. La misión es perseverar. Es saber, creer, con temor y temblor, pero con certeza, que «no estamos solos».

Así lo entendió Dietrich Bonhoeffer, y es como si nos lo susurrara al oído a ellos y a nosotros, aquí reunidos.

«[Si tomamos esta postura por Dios y por la justicia para el pueblo de Dios, Bonhoeffer testimonia] Es cierto que podemos vivir siempre cerca de Dios y de la luz de su presencia... [Es cierto] que entonces nada nos será imposible, porque todo es posible con Dios; [es cierto] que ningún poder terrenal puede tocarnos sin la voluntad de Dios, y que el peligro y la angustia solo pueden acercarnos más a Dios. Es cierto que no podemos reclamar nada para nosotros mismos, y sin embargo podemos orar por todo; es cierto que nuestra alegría está escondida en el sufrimiento, y nuestra vida está en la muerte; es cierto que en esto estamos en una comunión que nos sostiene. En Jesús, Dios ha dicho Sí y Amén a todo ello, y ese Sí y Amén es el terreno firme sobre el que nos apoyamos».